



## CAPITULO V.

Fr. Roberto de Craon, segundo Gran Maestro.—Prógresos é importancia de la Orden en Europa.—Eleccion del Gran Maestro.—Salva á Jerusalem de un golpe de mano inténtado por los musulmanes.—Derrotá de los cristianos en Ascalon.—Foulques rey de Jerusalem á la cabeza del ejército.—San Bernardo en la casa del Temple de Roma.—Hermandad del Cister con el Temple.—Regencia en la menor edad de Balduino III.—Segunda cruzada.—Muerte del Gran Maestro.—Donaciones.

**A**l aprobar y confirmar el Soberano Pontífice Honorio II, con su autoridad apostólica, la Orden del Temple, la consideró de grande importancia, bajo el punto de vista militar, para la conservacion y defensa de los Santos Lugares; y no se equivocó, pues al cabo de poco tiempo de la aprobacion, merced al prestigio, influencia y consideracion que habia dado á esta nueva milicia el célebre abád de Claraval, declarándose su protector y admirador, una multitud extraordinaria de grandes señores, gentiles hombres y caballeros de las más distinguidas casas aristocráticas de Francia, España, Italia é Inglaterra se presentó para alistarse en dicha Orden; y con esta floreciente juventud, noble por su origen y poderosa por sus riquezas, pudo desde luego hacer frente á los enemigos de la cruz, batirlos en mil encuentros y escarmentar su osadia. Cada dia fué en aumento, contándose en aquella

moltitud de fervientes cristianos los príncipes de las casas reinantes, señores de las más ilustres familias de la cristiandad, teniendo á grande honra combatir con el hábito y bajo el estandarte de los Templarios, prefiriendo á menudo esta profesion mirada desde el punto de vista militar, por adaptarse mejor á los instintos y á la corriente de aquella época eminentemente guerrera y caballeresca.

Estos príncipes y señores al entrar en la Orden Templaria llevaban consigo riquezas considerables; y el eco ruidoso que en poco tiempo causaron sus heroicas empresas fueron el aliciente y el motivo para que se hicieran á la Orden donaciones y legados, convirtiendo á dicha milicia en la más pujante y poderosa entre todas las demás que con el tiempo se establecieron.

Y no es admirable ni puede causar extrañeza que esta Orden atrajese de todas partes hacia sí; no tan solo la más ilustre nobleza de las naciones, si no tambien á los que no pertenecian á aquella clase distinguida, á todos aquellos á quienes les animaba el fuego sagrado de la religion y el entusiasmo de contribuir con su esfuerzo á la defensa de los lugares santificados con la sangre del Redentor, por la razon de ser la primera Orden militar y religiosa que, como resultado de la primera cruzada, se habia fundado y habia tenido su cuna al rededor del Santo Sepulcro, y que para librarle de la profanacion de los infieles toda la Europa se habia levantado como un solo hombre. ¡Tan sagrado y laudable era el objeto de la misma! Además, el atractivo de esa Orden lo producía no tanto como la distincion, el honor y hasta cierto punto el orgullo que tenia en aquel entonces todo cristiano de combatir á los sarracenos enemigos del cristianismo y hacer triunfar, aunque fuera con el sacrificio de su vida, el signo venerando de la cruz. De ahí esa multitud prodigiosa que corrió desalada á alistarse ya desde un principio bajo el estandarte del Temple, que se consideraba como un nuevo blason para las familias nobles, así como un principio de nobleza ó de distincion para aquellos que no descendían de noble prosapia.

Está fuera de duda que las dos órdenes Templaria y Hospitalaria fueron los más firmes y sólidos apoyos del reino de Jerusalem; y en tanto es así que Balduino y sus sucesores, y tambien las cruzadas sucesivas, como se verá más adelante, nada emprendieron de considerable ó importante sin el consejo, concurso y auxilio de sus armas.

Hemos visto ya que Balduino, en defecto de la cruzada que habia recomendado á Hugo de Paganis cuando lo envió á Europa, vió no obstante llegar de continuo á la Palestina como reclutas, á hijos de esclarecida nobleza que tomaban el hábito en una ú otra de las dos órdenes, formando de ellos escogidas falanges, los cuales desde luego se distinguieron por su valor y bizarría en todos los encuentros contra los musulmanes.

Las medidas que habia tomado Hugo de Paganis no podian ser más acertadas. Con ahinco y actividad sorprendente procuró formar y extender la nueva milicia, ora organizando y adiestrando á los que se presentaban, ora mandando á algunos de sus primeros compañeros para que recorriendo la Europa no sólo fundasen la Orden, sino tambien enviasen á la Palestina á los que se alistasen, y al propio tiempo las limosnas que se recogiesen para la defensa de los Santos Lugares.

El resultado de esta última medida no podia esperarse fuese más satisfactorio. En todas partes donde se presentaron los primeros discípulos de Fr. Hugo, no sólo fueron bien recibidos por razon de considerárseles como hijos del grande abad de Claraval, que gozaba de fama europea por su saber y santidad, si no tambien lograron todo género de proteccion. Unos al tomar la cruz del Temple cedian en favor de la Orden parte de sus bienes, otros hidalgamente les hacian abundantes limosnas, queriendo así contribuir al sosten de la Tierra Santa, considerando algunos que así quedaban perdonados sus pecados. En fin, la milicia del Temple durante el maestrazgo de Fr. Hugo fué establecida en todos los reinos de Europa, adquiriendo en todas partes por su valor é intrepidez una fama cual no la hayan alcanzado los más grandes guerreros. De ahí es que las plazas y los castillos más amenazados se confiaban á su defensa; en los ejércitos cristianos los Templarios eran los primeros en atacar y arrollar al enemigo, por numeroso que fuera; con tales cualidades y condiciones no es de admirar su progreso, importancia y poder.

Cuando se hubo logrado la organizacion de un respetable cuerpo de Templarios, se le destinó, bajo la direccion de entendidos jefes, á las fronteras del reino de Jerusalem, y distribuidas sus fuerzas en destacamentos, vigilaban aquellas, haciendo frente por todos lados, impidiendo las correrías y el merodeo de los infieles. Este pequeño reino puede decirse se hallaba bloqueado por diferentes príncipes turcomanos, ó por los árabes del desierto, ó por los sarracenos del Egipto. El celo unido al valor de los Templarios y el eco de sus primeras empresas se captaron pronto la admiracion y la voluntad de los cristianos, así como infundieron terror á los bárbaros.

En la época de la cual nos ocupamos, parecia á muchos que la salvacion de los hombres dependia de la sola conservacion de la Palestina: todo cuanto en ella sucedia llamaba extraordinariamente la atencion de los Papas, de los príncipes y de los pueblos más apartados: era el tema ordinario de los vasallos y de los reyes. Nada se consideraba de más mérito para obtener el perdon de los pecados, que el de contribuir á la defensa de los Santos Lugares. Apenas se hacia un testamento en el cual no se insertase un legado á favor de las órdenes militares. En España aún se conserva la manda pia forzosa destinada desde aquellos tiempos para la Tierra Santa.

Muchos príncipes quisieron ser enterrados vestidos con el hábito de una ú otra orden, y en el siglo que nos ocupa, esta devoción llegó aún más lejos, por cuanto no faltaron soberanos que se alistaron en la milicia del Temple y abdicaron el gobierno de sus estados, y uno por una disposición sin ejemplo, destinó la soberanía de dos reinos á los Templarios, Hospitalarios y canónigos del Santo Sepulcro.

Durante el gobierno de Hugo de Paganis se extendió y propagó maravillosamente la Orden Templaria en toda España, principalmente en Cataluña y Aragon, haciendo progresos admirables; y como desde su instalación dieron tantas pruebas de valor é intrepidez, los reyes les encomendaron las empresas más arriesgadas, concediéndoles en premio de sus hazañas, territorios, castillos y bienes, con los cuales pudieran prosperar y aumentar de religiosos, y así guerrear sin tregua contra los moros é infieles, enemigos de la cruz y del nombre cristiano.

Con la muerte de Fr. Hugo de Paganis, primer Maestro y fundador de la Orden, los Templarios residentes en Jesusalen, reunidos en capítulo, procedieron para utilidad de la religion á la elección de un sucesor, que recayó en Fr. Roberto de Craon, por sobrenombre el Borgoñon, que es necesario no confundir con su abuelo, que se llamaba también Roberto.

Guillermo de Tiro le califica de gran capitán, hábil en el arte de la guerra, ilustre por la pureza de costumbres y el esplendor de su nacimiento. Era el hijo tercero de Reinaldo II, señor de Craon, fundador de la abadía de la Rue en Anjou.

Roberto se casó con Richeze, hermana única de san Anselmo, arzobispo de Cantorbery; tuvo algunos hijos que murieron en la infancia, sobreviviendo sólo el mayor, llamado Anselmo, que le consagró al estado eclesiástico en la iglesia de Cantorbery, donde su tío el arzobispo procuró con sumo cuidado su educación. El jóven tomó el hábito religioso, y con el tiempo fué elegido abad de San Edme en Inglaterra, hizo un viaje á Roma, y el papa Pascual II le nombró abad de San Sabas y despues obispo de Londres, mereciendo por sus escritos eminentes ser contado entre los autores eclesiásticos (1).

Escribió san Anselmo á Roberto, comunicándole y dándole noticias de su hijo para que le sirvieran de consuelo, y al propio tiempo le dió saludables consejos, entre los cuales le decia:

«El ama á Dios y todo lo que se debe amar, por lo que no podriais interesaros lo bastante para con aquellos que le han sabido inspirar este amor de Dios y de su estado, y es sin duda porque habeis dado á Dios vuestro primogénito, que el cielo ha arrebatado vuestros demás hijos an-

(1) *Hist. literaria de Francia*, tom. 9, pág. 41.

tes de que se hallasen en estado de cometer alguna liviandad. Dad gracias á Dios, y vos, mi querida hermana, yo os conjuro de que no seáis insensible á esta gracia, ya que habeis estado prevenida sin haberlo merecido. Considerad que Dios nos ha privado de este consuelo, sino para haceros más libre á fin de acercaros más á él, y para quitaros toda ocasión de amar al mundo. Acordaos frecuentemente tanto el uno como el otro del fin de vuestras esperanzas, convertidlo en objeto de vuestras conversaciones así de día como de noche, y preguntaos á vosotros mismos: ¿Qué hacemos? ¿Qué tardamos? ¿Como pasamos los días? ¿Cuáles son las satisfacciones que ofrecemos á Dios por nuestros pecados? Estamos en visperas de parecer delante del supremo Juez, ¿y qué hemos hecho para que nos sea propicio? Tales deben ser los pensamientos de vuestro espíritu y los sentimientos de vuestro corazón (1).»

Esta semilla no cayó en tierra ingrata. Los dos esposos, dóciles á las instrucciones reiteradas del santo arzobispo, pasaban tranquilamente sus días en la práctica de las virtudes y buenas obras, hasta que Roberto tuvo la inspiración de hacer el viaje á Tierra Santa; comunicó esta idea al santo prelado, quien le contestó en estos términos: «Si es positivo que habeis concebido el proyecto de hacer el viaje á Jerusalem para honor de Dios y la salvación de vuestra alma, y que no hayais querido emprender el viaje sin consultarme, así como á vuestro hijo Anselmo, yo alabo vuestras disposiciones y os aconsejo de que no lleveis con vos el peso de vuestros pecados, sino que os afirméis con la resolución de vivir como buen cristiano, conforme á las obligaciones de vuestro estado. Empezad por una buena confesion general de toda vuestra vida, y que vuestra ausencia no ocasione ningun contratiempo á vuestra esposa, cuyo carácter bondadoso os es mejor conocido que á otra persona; haced de manera de no abandonarla sin socorros y sin consejos; y que si la Providencia dispusiere de vos, que ella no se vea sbligada á salir de vuestra casa contra su voluntad, y que quede libre de servir á Dios tanto como ella vivirá, y de rogar por vuestra conservación y la salvación de vuestra alma. Disponed, pues, y poned en orden vuestros asuntos, como si se tratara de presentarse en este momento delante de Dios. En cuanto á mi bendición que pedís, yo ruego al Señor que os conceda la suya, llenándoos de sus gracias, y que os proteja en todas vuestras empresas.»

Hemos copiado esta carta para desvanecer lo que con siniestra intención se ha dicho, de que Roberto habia ido á Palestina y se habia hecho Templario por despecho de que el duque de Guinea se habia apoderado de sus señoríos de Chabanois y Gonfolens, y que estaba unido solamente con esponsales con la hija de Jordan II, señor de los territorios ya nombrados.

(1) S. Anselmo, *Hb. 3*, cartas 43, 63, 66 y 67.

Por lo tanto no pasó Roberto de Craon á Palestina sin haberlo consultado, y no por despecho, y mucho menos por hacerse Templario, por cuanto cuando dejó á su esposa, es decir en 1107, antes de la muerte de san Alselmo, no era cuestion de la caballería del Temple, porque no existía, y no hizo los votos de Templario sino en 1130, despues de la muerte de su esposa Richeze.

Tan luego como Roberto fué elegido Maestre de la Orden, buscó la ocasion de justificar la eleccion que se habia hecho de su persona, imitando los desvelos y afanes que tanto habian atareado á su antecesor para la propagacion de la Orden y defensa de los Santos Lugares; así tambien Roberto hizo todos los esfuerzos posibles para secundarle, alcanzando en poco tiempo cuanto apetecia, y pudo emprender grandes operaciones militares en todos los confines de la Palestina, conjurando los peligros donde se presentaban, merced al número de Templarios que de todas partes afluan para contener las invasiones de los infieles.

Al cabo de poco tiempo que Fr. Roberto habia sido elegido Gran Maestre, ya tuvo ocasion de mostrar su intrepidez y valor. Una muchedumbre espantosa de bandoleros se habia atrincherado en la otra parte del Jordan, guarecidos en las muchas cavernas existentes en una montaña escarpada y casi inaccesible, desde donde hacian frecuentes excursiones, devastando las fronteras del reino. El rey de Jerusalem resolvió atacar aquellos forajidos y librar al país de tan perniciosa plaga, y á este fin se puso á la cabeza del ejército cristiano. Al saber esta expedicion el gobernador de Alepo Asuard, aprovechó la ausencia del rey para merodear por la Palestina, y al efecto atravesó el Jordan á la cabeza de una fuerte division, talando y robando el pais de un modo espantoso.

El Gran Maestre, que se habia quedado en Jerusalem, al tener noticia de esta invasion reunió á los caballeros, y armando á muchos ciudadanos y sin perder tiempo, fué al encuentro del enemigo. Este, que no esperaba hallar ninguna resistencia, se sorprendió, y al empuje de las fuerzas cristianas emprendió la fuga esparramándose por las llanuras de Ascalon. La prudencia aconsejaba contentarse con este resultado, y tal era la intencion del Gran Maestre; pero la codicia del botin, que frecuentemente compromete la suerte de las armas, hizo que esta jornada fuese fatal á los cristianos. Despues de haber derrotado á los musulmanes, los ciudadanos y demás gente que habia seguido al Gran Maestre se desbandaron para correr al pillaje; y Asuard, que lo comprendió, replegando sus fugitivas huestes, acometió de nuevo y derrotó completamente á los cristianos. El Gran Maestre hizo todos los esfuerzos imaginables para contener á los sarracenos; pero fué en balde. A medida que los Templarios acudian por pelotones para secundarle, eran acuchillados por el número. En esta accion perecieron algunos gentiles hombres y caballeros de nom-

bradía, mereciendo ser llorado de un modo particular el bravo Templario Eudes de Montfaucon, que se habia distinguido ya en otras empresas por su valor y bravura (1).

Jauna y el historiador de la iglesia de Paris pretenden sin fundamento que Fr. Roberto murió en esta jornada. Mateo de Paris y Gurtler tambien se equivocaron, diciendo que esta batalla tuvo lugar el 1133, y que en ella murieron todos los Templarios, siendo así que la mayor parte de ellos iba con el rey en su expedicion al Jordan.

Lo noticia de esta derrota llegó muy pronto al ejército, y lejos de aminorar el ánimo de los jefes, no hizo más que redoblar su espíritu á fin de estrechar al enemigo en sus mismas madrigueras en donde se habia escondido. En efecto, al cabo de poco tiempo el ejército cristiano que habia acudido para castigar á aquellos bandidos, se apoderó de dichas montañas pasando á cuchillo á dichos malechores, cuyo castigo consoló la pérdida que antes habia experimentado el jefe superior del Temple.

Entre tanto la Orden se multiplicaba sensiblemente en el Occidente. Los Templarios existian ya en Italia en 1138; san Bernardo en uno de sus viajes á Roma se hospedó en la casa del Temple que tenian en el monte Aventino, y su iglesia es la que en la actualidad se llama Santa Maria (2). Durante su permanencia los Templarios le pidieron sus oraciones y bendicion, lo que concedió con benevolencia, dejando al despedirse, por olvido ó á sabiendas, la túnica de lana que usaba, la cual fué aplicada á un capellan de la casa que estaba enfermo, y la curó instantáneamente (1).

Bueno es consignar aquí los íntimos lazos que habia entre la Orden del Temple y la del Cister; la deferencia y hospitalidad que los Templarios tenian en sus casas para con los religiosos Bernardos eran muy particulares, de manera que ya fuese de paso ó por visita, los religiosos del Cister eran recibidos en las casa del Temple con agasajo, cariño y reverencia, para acreditar el reconocimiento que tenian á san Bernardo, autor de su regla y gran protector de su Orden.

A pesar de esta íntima union, se habia convenido entre las dos Órdenes que ningun Templario podia entrar en el Cister sin una especial permision ó licencia del Gran Maestre, lo cual no impidió que acaeciese un hecho que produjo consecuencias desagradables á ambas religiones. Fué el caso que los Cistercienses deseaban que un cierto Templario por sus condiciones ó cualidades pasase á su Orden, y como los jefes del Temple no con-

(1) Guillermo de Tiro, lib. 15, cap. 6.

(2) Llamada Santa Maria Aventinense, hoy priorato de la Orden de San Juan de Malta.

(3) Anal. Cisterc., tom. 1. pag. 332.